

Milmaniene, José E. (agosto 2006). *Sigmund Freud en la actualidad : Vigencia del psicoanálisis*. En: Encrucijadas, no. 38. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Sigmund Freud en la actualidad

Vigencia del psicoanálisis

El psicoanálisis creado por Freud es un dispositivo clínico que permite develar las motivaciones inconscientes que signan nuestro destino. Constituye el sistema más logrado para entender la subjetividad, tanto en sus dimensiones sintomáticas como sublimatorias, sin desconocer la base pulsional que opera en todas las circunstancias del vivir. Y es hoy más necesario que nunca, dado que el hombre carece de espacios para desplegar su discurso, para hablar y ser escuchado en el marco de un encuentro donde se develen e interpreten las dimensiones inconscientes del ser, tal como sucede en la sesión psicoanalítica.

por José E. Milmaniene

Médico Psiquiatra y Psicoanalista. Miembro titular didacta de la Asociación Psicoanalítica Argentina y su actual secretario científico. Sus últimos libros son "Extrañas parejas", "La función paterna", "Clínica del texto. Kafka. Benjamin. Levinas" y "El tiempo del sujeto".

Al cumplirse este año (6 de mayo) 150 años del nacimiento de Sigmund Freud, se impone una reflexión sobre la vigencia de su obra, la que constituye el mayor y más logrado intento de comprensión de la subjetividad. La ciencia conjetural del sujeto por él inventada permite la revelación y la consiguiente operatoria sobre el mundo inconsciente, constituido por fantasías, goces y deseos esenciales. Esta "otra escena", a pesar de ser totalmente ignorada por la conciencia, determina sin embargo todas las producciones psíquicas, sean éstas sintomáticas, actuadas, somatizadas o aun sublimadas. Freud creó un dispositivo clínico que permite develar las motivaciones inconscientes que signan nuestro destino. La sesión analítica es un diálogo en transferencia entre un sujeto que demanda razones sobre sus padecimientos y un analista que interpreta los mensajes cifrados que portan los síntomas, los sueños, los chistes, los lapsus y las fantasías del paciente. Éste logra así verbalizar sus conflictos y el aprendizaje a través de la palabra posibilita que donde reinaba el Ello pulsional advenga el Yo de la razón. La cura por la palabra permite entonces poder expresar los conflictos inconscientes, los que pierden así su capacidad patógena al lograr ser dialectizados mediante los significantes que los nombran. Al aprender a hablar se puede plantear el conflicto psíquico en su verdad, y se puede discriminar así la impotencia neurótica de la imposibilidad estructural de su resolución. La transferencia que se instala entre el paciente y su analista configura un nuevo lazo social, en el cual se reeditan las relaciones originarias de la historia libidinal infantil, las que pueden ahora entonces ser incluidas en una narración que las dota de sentido, hasta el límite mismo de lo formulable discursivamente.

Pero el aporte más sustantivo de Freud reside en la incorporación de la dimensión sexual –gestada en la infancia–, que es la que preside todas las actitudes y producciones humanas sin excepción, tanto las clínicas como las sublimadas. Freud nos otorgó la posibilidad de articular el pensamiento y el mundo fantasmático con la sexualidad, entendida esta última en el sentido de una erótica que incluye tanto las dimensiones libidinales fálicas, como los componentes femeninos y las corrientes homosexuales. El legado freudiano se hace hoy más necesario que nunca, dado que el hombre carece de espacios para desplegar su discurso, para hablar y ser escuchado en el marco de un encuentro donde se develen e interpreten las dimensiones inconscientes del Ser, tal como sucede en la sesión psicoanalítica.

Al renovarse con el psicoanálisis el Pacto con la Palabra, el sujeto puede entender sus motivaciones inconscientes, y al lograr la comprensión en transferencia de sus deseos y fantasmas más profundos, puede lograr quebrar la serie de insistencias repetitivas gozosas en las que se encuentra capturado.

El psicoanálisis freudiano ha fundado una clínica basada en una triada conceptual configurada por los operadores teóricos mayores del Superyó –que ordena gozar con mandatos culpógenos de imposible cumplimiento–; el masoquismo primordial -que deriva en políticas de sacrificio e inmolación en aras del reconocimiento amoroso del Padre–, y la Pulsión de Muerte, que impulsa al sujeto hacia la auto o heterodestrucción.

Freud nos enseñó que la potencia libidinal de la palabra –que porta el saber interpretativo sobre los mecanismos que gobiernan el mundo inconsciente– resulta un recurso de extraordinario valor para atemperar y acotar el goce de los síntomas y las actuaciones. El sufrimiento humano que genera la "normalidad neurótica" se puede enfrentar entonces a partir del descubrimiento freudiano con un dispositivo que instala la terapia a partir de la asociación libre, la atención-escucha flotante y la interpretación en transferencia, de modo tal que el paciente puede historizar su tránsito edípico, e inscribirse en un registro discursivo que hace obstáculo a las compulsiones repetitivas que intentan restituir las funciones paternas fallidas, lo que posibilita así "sacrificar el sacrificio". A través del conocimiento que procura el decir del paciente cuando éste es interpretado por el analista se puede entonces transitar de la "miseria neurótica a la miseria humana", y lograr que el sujeto deponga sus mecanismos defensivos excesivamente instrumentados, tales como la represión en la neurosis, la desmentida en la perversión y la forclusión en la psicosis, para poder asumir así la castración, esto es, tolerar asintomáticamente la angustia y asumir con dignidad la conciencia de su propia finitud.

La resubjetivación del paciente se hace posible en la medida en que el análisis ofrece el marco simbólico para la reapropiación de la propia historia olvidada, negada o distorsionada, a través del recurso de la palabra que porta el (sin)sentido de la relación de cada cual con su sexo, es decir, se trata de poder superar la angustia de castración si se es hombre –resolviendo la confusión imaginaria entre pene y Falo–, y la envidia del pene en la mujer –aceptando que se puede gozar desde la supuesta falta fálica–. El psicoanálisis creado por Freud constituye así el sistema más logrado para entender la subjetividad tanto en sus dimensiones sintomáticas como sublimatorias, sin desconocer la base pulsional que opera en todas las circunstancias del vivir. La mera supresión sintomática mediante los extraordinarios recursos psicofarmacológicos que provee la ciencia médica actual, aunque instrumentalmente deseable, resulta insuficiente si no va acompañada por el develamiento de las motivaciones inconscientes que marcan la desdicha neurótica.

El reordenamiento simbólico

Para los psicoanalistas no se trata pues de la mera supresión sintomática, ni del logro de una estabilidad asentada en el andamiaje psicofarmacológico, ni de una corrección conductual basada en la reeducación cognitivo-conductual. Se trata de otra cosa: del reordenamiento simbólico de un sujeto que por no poder hablar enfermó y se expresa a través de los síntomas corporales o subjetivos; por ende, la exclusiva supresión de éstos no resuelve el conflicto nuclear inconsciente que los generó. Además, cuando se acallan forzadamente los síntomas, se suele perder la ocasión de plantear la pregunta por la "causa", genuina interrogación que posibilita la subjetivación en la palabra, único camino para acceder al registro de la libertad responsable y al acto transformador.

Freud plantea la cura en términos éticos y no meramente instrumentales, dado que el psicoanálisis intenta que el sujeto se inscriba en el campo del principio del placer signado por el reconocimiento de la antecendencia del Padre en el Saber y por la aceptación del Otro en su irreductible diferencia. Un sujeto que atravesó por la experiencia del análisis debe poder filiarse creativamente en la cadena generacional, así como poder fundar su propio proyecto sexual basado en el (des) encuentro poético con el Otro sexo. Se podrá construir así una ética de la diferencia y sostener la libertad responsable más allá de la culpa.

Entonces, al insistir en el valor de la palabra y la escucha, y al situar a las prácticas sublimatorias en el centro de sus políticas rectificativas, el psicoanálisis se constituye en un marco privilegiado para acotar el caos pulsional que impera en la patología. El paciente podrá saber así qué parte le toca en la desdicha que padece, y al desvictimizarse logrará un mayor grado de dignidad subjetiva.

Freud nos ha enseñado que curarse supone abandonar la queja pasivizante de raíz melancólica, así como la autorreferencia paranoide, posturas que suponen la proyección en el afuera de las causas de todo padecer. Tanto la queja como la proyección resultan posiciones subjetivas que deben ser superadas para lograr una nueva narratividad – sublimada y más simbolizada–, que permita discurrir acerca de las causas por las cuales cada cual se vio envuelto en sus castigos expiatorios, dada la culpa que generan la fantasías edípicas incestuosas y parricidas.

El límite sintomático cuando es subjetivado en la cura a través del "buen decir interpretativo" supone que uno puede situarse existencialmente de otro modo frente a los traumas reales inmodificables, para poder así tramitar los goces sin sufrimiento corporal o subjetivo. A partir de Freud curarse significa reconocer que somos sujetos de la castración, que toda omnipotencia es restitutiva de nuestra indefensión y vulnerabilidad esencial, y que debemos optar –para poder redimirnos y liberarnos de nuestras ataduras al goce fanático– por la creación sublimatoria, la que se construye siempre sobre y a partir de las pulsiones sexuales.

Los psicoanalistas no confundimos supresión sintomática con la felicidad que procura el desconocimiento de la Verdad de lo real del sexo y la muerte, ni el éxito terapéutico con la negación de los límites, las fisuras y desgarramientos ontológicos encubiertos con las buenas razones ideológicas de que "sin los molestos síntomas, ya no hay nada más sobre lo que hablar". Todo por el contrario, somos hospitalarios con los síntomas y aún más con el sujeto que los padece, a quien escuchamos en sus demandas y en su dolor, y al ofrecerle nuestra escucha activa, le transmitimos la convicción de que existen modos sublimatorios de tramitar los goces más profundos así como resoluciones existenciales asintomáticas, siempre y cuando se produzcan rectificaciones subjetivas estructurales consistentes. Instamos al paciente a liberarse de sus síntomas –que el sujeto construye y sostiene inconscientemente como solución a la imposibilidad de legalizar sus goces prohibidos y sus satisfacciones sexuales incestuosas–, y lo convocamos a que en lugar de gozar masoquísticamente a través de los mismos se inscriba en las prácticas sublimatorias, entendidas éstas como el esfuerzo de sostener asintomáticamente la castración. Se trata de bordear el "agujero" de la falta-en-ser con producciones culturales y artísticas, que si bien portan la cifra oculta de sus goces, devienen en obras que atesoran la entrega amorosa y la transformación productiva de la realidad.

Freud nos ha enseñado a formular las "buenas preguntas", que son aquellas que permiten circular al sujeto desde el campo del goce actuado al placer en el discurso. Interrogarse en un análisis significa comenzar a liberarse de las ataduras que fuerzan a las repeticiones sin diferencia, y al encontrar la respuesta bajo el modo de la interpretación y/o la construcción, con la consiguiente percepción del sentido inconsciente que se filtra en los intersticios de la opacidad inicial de su decir, el sujeto comienza su modificación. Ésta no reside pues en la mera supresión sintomática, aunque puede incluirla, sino que supone un acontecimiento existencial inédito: el diálogo con el Otro en torno de las transferencias –maternas, paternas, fraternas– que se reactualizan en el campo de interlocución. Y no existe mayor grado de transformación subjetiva ni de curación que el que procura el habla bajo transferencia. Al dialogar con la espera creyente en el poder curativo de la palabra, el sujeto puede asumir con resignación creativa la cesión de sus goces masoquistas y las fantasías de omnipotencia que les son inherentes, para acceder a la intelección de la carencia que lo habita en tanto sujeto de la castración –un ser "incompleto", vulnerable y mortal–.

Por último, quiero destacar que además del sustantivo aporte de Freud a la comprensión y elaboración de los conflictos psíquicos, su obra influyó de forma significativa y revolucionaria sobre todos los campos del Saber, y hoy resulta difícil pensar la subjetividad y la estructura sociocultural prescindiendo de sus geniales contribuciones.